

BANCO HISPANO AMERICANO

CAPITAL: 100 millones de pesetas

SUCURSAL DE BADAJOZ

Cuentas corrientes con interés.
Compra y venta de valores.
Custodia gratuita de valores y cuentas de crédito con garantía de los mismos.
Créditos personales sobre una sola firma.
Negociación de cupones.
Créditos sobre mercancías.
Giros y cartas de crédito sobre España y demás países.
Compra y venta de escudos portu-

gueses y toda clase de monedas extranjeras y cuentas corrientes con interés, de dichas monedas.
Cobro y descuentos de letras.

CASA CENTRAL: MADRID

Sucursales y Agencias en Alcoy, Alicante, Antequera, Barcelona, Bilbao, Cádiz, Coruña, Ejea de los Caballeros, Granada, Huelva, Logroño, Málaga, Ronda, Sevilla, Valdepeñas, Valencia, Valladolid, Villafranca del Panadés, Zaragoza.

ciones en los términos conminatorios que se anuncian, indudablemente se producirá un movimiento de cohesión en todo el resto de la Cámara para apoyar al Gobierno en forma que sería imposible derrotarle.

La crisis—añadían—surgirá porque el señor Jimeno no quiere continuar por más tiempo al frente del ministerio de la Gobernación; se siente fatigado y quiere a toda costa descansar.

En ese caso pasaría el señor Argente al ministerio de la Gobernación, conservando también la cartera de Abastecimientos.

En los pasillos del Congreso.—Manifestaciones de los catalanistas

Esta tarde estuvo el Congreso muy desanimado.

Fueron muy escasas las tertulias que se formaron por los pasillos y dependencias de la Cámara.

Interrogados los señores Rahoia y Morera, únicos diputados catalanes que se encuentran actualmente en Madrid, acerca de si mañana se desahollaría el debate sobre la autonomía de Cataluña, contestaron que no había nada acordado.

Otros concurrentes aseguraban que no comenzaría la discusión del fondo del asunto, hasta el próximo miércoles.

En esa misma reunión se habló de la extrema impaciencia de Cambó para resolver este problema.

Rahoia dijo entonces que en Inglaterra no había esa impaciencia, pero aquí resultaba necesaria, pues los gobiernos carecen de las necesarias garantías de seriedad.

Buena prueba de ello está en lo relacionado con el proyecto de administración local del señor Maura, que después de discutirse tres años, quedó sin aprobar.

La solución del problema catalán es urgente—añadió Rahoia—; se acentúa mucho el disgusto y así como ahora existe un pequeño foco de separatismo, si el problema no se resuelve vendrá a pasos agigantados el completo divorcio espiritual de Cataluña con el resto de España.

Los turnos para una discusión

Para la discusión del proyecto de las autonomías tienen pedido turno los señores Andrade, Rojas Marcos, Portela y Pradera.

La Comisión de la autonomía

Esta tarde se ha vuelto a reunir en el Congreso la Comisión que entiende en el proyecto de autonomías.

Alcalá Zamora llevó ya redactado el dictamen que será entregado mañana martes en la Mesa del Congreso.

Declaraciones de Pradera

El diputado jaimista don Víctor Pradera ha hecho las siguientes declaraciones:

Extraña mucho el propósito que se atribuye a los diputados catalanistas de exigir que en la primera reunión de Cortes se discuta ya el Estatuto que han aprobado en la Asamblea de Barcelona.

Eso además de ser antirreglamentario constituiría un acto de violencia al cual los que formamos el resto de la Cámara no podríamos contestar más que de dos maneras: o poniéndonos el sombrero y marchándonos, o empleando los mismos tonos que ellos.

Quienes dan tantas pruebas de amor al Parlamento, como que es lo primero que crean en su Estatuto, deberían ser más respetuosos con el Parlamento.

No se alcanza fácilmente a comprender a donde van Cambó y sus partidarios que le siguen; yo creo, sin embargo, que van derechamente a la anarquía.

Muerte de un religioso

Ha fallecido el padre Gerard, de la Orden de predicadores y entusiasta propagandista de la Sindicación obrera católica.

Los diputados y senadores aragoneses

Esta tarde han estado reunidos nuevamente en el Congreso los representantes en Cortes de las provincias aragonesas.

Estudiaron los medios más fáciles para activar las obras del ferrocarril del Canfranc, acordando hacer las gestiones necesarias.

Se acordó esperar la solución del Gobierno respecto a los repartos de Consumos.

Se nombró una comisión para que gestione sean subvencionadas las exposiciones de Industria agraria y de Retratos y

zar un coche el diputado a Cortes señor conde de Colombl, pero el público obrero allí congregado se opuso a que el cochero prestara el servicio.

El Conde tuvo que apearse y marchó protestando de que se atente de tal manera a la libertad del trabajo.

Los coches que conducen a los médicos llevan letreros anunciándolo así y son respetados.

A última hora se han declarado también en huelga los obreros de las fábricas de la Maestranza, de la pirotecnia y de la fábrica de tabacos.

La Guardia civil presta servicio de vigilancia en las rondas de la población y en las inmediaciones de las fábricas y de las estaciones.

El juez del distrito de San Vicente ha estado en la cárcel tomando declaración a los obreros detenidos por orden gubernativa.

La actitud de los obreros sigue siendo de protesta contra el Gobernador.

Los tranviarios de Valencia

Valencia.—Los tranvías del Grao han circulado conducidos por ingenieros del ejército.

No han ocurrido incidentes, pero los obreros de dicha empresa no vuelven al trabajo.

Cambios con Portugal

En Lisboa, 1.440-1.450 el duro.

En Badajoz, 1.460-1.490 el duro, en la casa de cambio de S. Gutiérrez, Joaquín Sama, número 1.



LA SEÑORITA

Encarnación Masot Vera

Ha fallecido el 3 del actual

A las ocho y media de su mañana

DESPUES DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS

A LOS 38 AÑOS DE EDAD

R. I. P.

Sus desconsolados padres don Millán Masot Alvarez y doña María del Carmen Vera Fernández; sus hermanas doña Ana y don Miguel Masot Vera; hermano político don Amancio Ortiz; sobrino, tios, primos y demás familia,

Participan a sus amigos tan sensible pérdida y les ruegan se sirvan asistir a la conducción del cadáver, que tendrá lugar a las tres de la tarde de hoy, desde la casa mortuoria, San Andrés, número 3, a la capilla de San Sebastián, por cuyo favor les quedarán eternamente agradecidos.

Badajoz 4 de febrero de 1919.

(No se reparten esquelas.)

Sorteo para Africa

Los nuevos reclutas

Hoy, a las nueve de la mañana, dará comienzo el acto del sorteo de los nuevos reclutas que han de nutrir las distintas unidades de guarnición en Africa. Tendrá lugar—si no llueve—en el patio del cuartel chico de San Francisco, y en caso de lluvia en el Picadero militar, bajo la presidencia del jefe de la Caja de Recluta, teniente coronel don José García Crespo y los jefes y oficiales de este organismo militar.

El sorteo comprenderá cuatro grupos. En el primero entrarán 46 reclutas de mayor talla, para dar 15 hombres a Artillería de montaña.

Desde el uno hasta el seis serán destinados a Ceuta. Hasta el nueve a Larache y hasta el 15 a Melilla.

El segundo grupo comprenderá 100 reclutas, para dar 33 hombres a Artillería de plaza, Ingenieros y Compañía de Mar. Desde el uno hasta el 14 a Ceuta, hasta el 24 a Larache y hasta el 33 a Melilla.

El tercer grupo será de 58 reclutas, para dar 19 hombres a Caballería y Artillería ligera.

Desde el uno hasta el siete a Ceuta, hasta el 13 a Larache y hasta el 19 a Melilla.

En el cuarto grupo se sortearán 444 reclutas, para dar 148 hombres a Infantería, Intendencia y Sanidad. Hasta el 68 irán a Ceuta; hasta el 97 a Larache y hasta el 148 a Melilla.

Del total de reclutas que han de concentrarse en esta Caja de Badajoz, que asciende al número de 648 hombres, corresponden 215 a Africa. A Ceuta 95, a Larache 48 y a Melilla 72.

Mañana publicaremos el resultado del sorteo con los nombres de los reclutas y destino que les haya correspondido.

HOY — HOY — HOY

DUROS A 2 PESETAS

ALMACENES DELGADO Y BARRENA

El Electro-Parlonet

es una máquina parlante de la mejor calidad conocida. Maravillosa combinación para renovar los discos mensualmente.

Por 23 céntimos diarios adquirirá usted en 32 meses un magnífico aparato y 80 piezas diferentes, habiendo oído 640 distintas para seleccionar.

Hay aparatos desde 57'60 pesetas en adelante.

Pidanse detalles a don Francisco Moreno. Plaza Alfonso XII, 4, 2.º

Del momento

Andrés Centeno

La vida llena de sorpresa, nos deparó anoche una artística cuando nos retirábamos de la pena del café o sea del círculo nocturno que formamos alrededor de unas mesas blancas de mármol, de donde, en pequeños girones, se esfuma un vaho que nace en las copas del café.

Nos retirábamos y se acercó a la penita un amigo que nos rogó intercediéramos acerca del dueño del café Mercantil, para que autorizase al joven aficionado al arte de Gayarre, que nos deleitara interpretando algunas obras.

Concedido el permiso, el artista, que era Andrés Centeno, acompañado magistralmente por el cuarteto Cabarat, interpretó entre otras obras, *La canción del soldado*, *La canción del olvido* y las jotas de *La Dolores* y del *Trust de los Tenorios*.

El público, que había dejado desierto el amplio salón del café, bien pronto se aglomeró, invadiéndolo.

A las nutridas ovaciones que recibieron tanto el joven Andrés Centeno como el cuarteto Cabarat, unimos el nuestro, y lamentamos que el señor Centeno no educase su voz fuerte y vibrante, que anoche nos hizo pasar agradablemente una hora.

EL DUQUE DE EL.

LA EPIDEMIA

REINANTE SE EVITA DESINFECTANDO CON

ZOTAL

Una cacería

En los días 18 y 19 del pasado, con asistencia de los señores Bustamante (padre e hijo), y secundados por el alcalde de Cordobilla, el médico y otros amigos, se dieron en los montes de aquel término dos batidas a las reses con excelente éxito, pues se cobraron ocho jabalíes, dos de los cuales fueron muertos por don José Bustamante.

El retraso de los trenes

Es ya francamente intolerable, por borrar los linderos de la mofa descarada, el estado anómalo en que se viene desarrollando desde tiempos que allá van, el servicio de trenes de Badajoz y su provincia.

Por si fuere poco que el correo de las once llegue con un retraso inaudito, ocasionando los daños y perjuicios que para nadie pueden ser secretos, ayer el correo que debe salir de nuestra estación a las cuatro y veinte minutos de la tarde, no pudo efectuarse porque a esa hora todavía no había llegado el de la mañana!

¿Cree el señor Gobernador noblemente que se puede tolerar este estado de cosas?

El pueblo de Badajoz y muy especialmente su comercio y su industria, no opinan así; y si con la urgencia que asunto de tanta monta requiere, no se toman por quien corresponden las medidas necesarias y energicamente categóricas para que no se tome a chacota sus sagrados intereses y la protesta de su prensa, a nadie puede ni debe extrañar que se adopten actitudes extremas, en consonancia con la informalidad de una empresa millonaria.

Teatro López de Ayala

Sesión continua de cinematógrafo desde las seis y media, proyectándose la notable película *El arribista*, premiada en París en el concurso de argumentos, y una de actualidades de la guerra europea.

Mañana, miércoles, debut de las hermanas Amiris.

Pepita Ibáñez, Carmen Vicente y su hermano.

Banco de España

Hemos recibido el informe-resumen de las operaciones realizadas por el Banco de España en esta capital, durante el año anterior y que ha sido leído en la junta de accionistas celebrada el día 2 del corriente mes.

De la lectura de dicho informe, se deduce que la situación de la Sucursal de nuestro primer establecimiento bancario, es cada año más próspera, obteniéndose de este resultado la consecuencia de que la eficacia de una dirección bien orientada, contribuye a que las operaciones de crédito se extiendan y arraiguen en esta provincia.

No obstante la abundancia de dinero demostrada por las cuentas corrientes de efectivo que han experimentado un aumen-

to de cerca de un millón de pesetas con relación al año 1917, los descuentos sobre la plaza, que son los que determinan la importancia del uso del crédito, han aumentado, también en más de dos millones.

Para no hacer más extensa esta información, omitimos otras muchas consideraciones que nos sugiere el estudio del citado informe, favorables a la marcha de esta sucursal del Banco de España, consignando que las utilidades alcanzadas en el año 1918 exceden en 23.605'72 pesetas a las del 1917.

Felicitemos a todos los jefes y oficiales de esta Sucursal por este resultado y especialmente al digno y competente director don José Peláez Zarza, a quien agradecemos la atención de habernos enviado un ejemplar del informe.

MANUEL SOLIS, electricista

Prim, 36. Teléfono 283.

A los contribuyentes del término municipal DE BADAJOZ

Por acuerdo de la Junta local, queda ampliado el plazo para el pago del impuesto de langosta hasta el día 15 del presente mes; apercibiendo a los morosos que transcurrido dicho día, pasarán los recibos al señor Juez de 1.ª instancia, para que haga efectivas las cuotas por la vía ejecutiva de apremio.

Badajoz 1.º de febrero de 1919.—El secretario, Emilio Castellano Sánchez.

TAURINAS

La reaparición de Belmonte

¡Por fin! vuelve la alegría a la afición. Belmonte ha vuelto a pisar el circo taurino después de una ausencia que hizo poner a media asta el pabellón nacional, y durante la que incesantemente han suspirado quejumbrosos los aficionados de pura cepa.

Y he aquí en este telegrama cómo dicen que se ha apretado los machos el niño Terremoto en la plaza de Alicante:

«Toros de Campos Varela buenos, Belmonte colosal, estupendo, archidescomunado. Orejas. Manolo Belmonte, torerísimo. —Gómez.»

«¿Eh? ¡Una tontería de nene! Ya lo saben los castizos, Belmonte ha estado acaparando riñones y el Gobierno ¡tan tranquilo!»

DON AGUACIL

NOTICIAS

Ayer falleció en Badajoz la señorita Encarnación Masot Vera, hermana de nuestro querido amigo el profesor veterinario don Miguel.

La noticia ha causado honda impresión entre las numerosas amistades de la respetable familia, entre las cuales eran tan estimadas las prendas de virtud y amabilidad que adornaban a la joven finada.

Reciba nuestro querido amigo y toda su familia nuestro sentido pésame y que Dios concederle la resignación necesaria para sobrellevar tan irreparable desgracia.

—**Página literaria.**—En 3.ª plana aparecen hoy originales de Martín Fernández, «De otros tiempos, El buen don Carlos y el famoso concierto»; de Fernando de Moyver, «El fracaso de Alfonso Madruga»; poesía «Varia», de Juan José Zamora; «El suicida», de Arturo Gazul.

—Hoy se cumple el tercer aniversario del fallecimiento de don Diego Franco, maestro que fué de esta capital.

Con tan triste motivo reiteramos nuestro sentido pésame a toda la familia del finado y muy especialmente a su viuda doña María Luengo Díaz y a su hija.

—**Pleito resuelto.**—La Sala de lo civil de Cáceres acaba de dictar sentencia en el pleito de que dimos cuenta, en que contendieron los letrados don Juan de la Cierva y don Ramiro Alegre, y como pedía éste, resuelve que es redimible la servidumbre comunal de leñas que el pueblo de Valencia de las Torres tiene en la dehesa «Bercial de Hornachos».

—**Se ruega** a la persona que se haya encontrado un billete de 100 pesetas extraviado en la tarde del 1.º del actual desde la plazuela de la Soledad a la plaza Alta, por la de San Juan, se sirva entregarlo en esta Administración, donde se le gratificará además de agradecerle el favor.

—**Raquel Meller.**—Últimas creaciones en nuevos discos «ODEON», «EL RELICARIO» y «LA CAUTIVA DE GRANADA». Audición y venta en los *Grandes almacenes de muebles de Viuda e Hijos de Francisco Ramallo*. Plaza de la Soledad, 5 y 6. No confundir.

PAGINA LITERARIA

DE OTROS TIEMPOS

El buen D. Carlos y el famoso concierto

Es una de las grandes desdichas que nos persiguen, esto es que toda la vida, aun la más prolongada, se concentre sólo en ocho, diez, a lo más doce años; esos días que empiezan a abrir la vida como una aurora a los diez y ocho años, ascienden en fulgores a los veinticinco y van cayendo desde los treinta como una tarde melancólica, que a los treinta y cinco ya es noche cerrada, en que sólo queda soñar con el día pasado.

A esa edad ya el horizonte de lo futuro no presenta fulgores; los grandes artistas, como Enrique Segura, preguntan desolados: «Marina, ¿dónde está?», y Marina ya está lejos, muy lejos; y cada día se aleja más en las lontananzas de lo pasado.

Nadie podía menos de apercibirse de esta desconsoladora verdad, viniendo a don Carlos Oudrid, el viejecito de la cara afeitada y blancas melenas que caían bajo las anchas alas del enorme sombrero de copa, sobre el alto cuello del largo levitón entallado, de gruesas y grandes solapas, recordar abismado la noche inolvidable de su concierto en la casa de don Jerónimo Patron; él le llamaba siempre su concierto, porque lo había preparado, lo había dispuesto, lo había dirigido todo.

«¡Qué noche tan inolvidable!»—exclamaba; y, moviendo la cabeza venerable, quedaba absorto hundiendo la mirada estática en las remotas lejanías de las ilusiones, de los deleites, de los días muertos.

Fue el 2 de julio del año en que se juró princesa de Asturias a la reina Isabel. ¡Buen pórtico fue el concierto para aquellos festejos que duraron lo menos ocho días! Y ¡vaya con Dios unos festejos! no ha vuelto a haber otros en Badajoz; pero como el concierto, tan fino, tan cortesano, tan elegante, ¡ninguno!; fue una verdadera orgía de arte.

Y don Carlos volvía a quedar pensativo y sonriente, acariciando el recuerdo.

Y ¡qué recuerdo tan vivo, tan perenne y tan completo!; tenía presente hasta los más nimios detalles. Le parecía estar viendo el salón, aquel gran salón de la casa antigua... que no era como esta nueva, reedificada ya por el marido de Amalita. ¡Amalita! Esta Amalita que nombraba don Carlos con tan cariñoso acento, como si acariciara a una niña, era aquella señora anciana que nosotros conocimos, encorvada un poco la gentileza de su señoril figura por la pesada carga de los años, rodeada de veneraciones que todos le rendían, y acariciada por la muchedumbre bulliciosa de sus nietos, con los que tanto holgamos en nuestra infancia por las amplias y elegantes galerías, por los bellos jardines, por los dilatados corralones de la señorial casona.

«La casa—decía don Carlos—no digo yo que ahora esté mal; pero... ¡qué sé yo!, no era aquello; aquello tenía un no sé qué de palacio encantado, sobre todo en aquella noche de ensueño.

A don Carlos le parecía estarla viendo; el salón daba al jardín y todo estaba iluminado; como decía. En el testero del salón se elevaba el elegante tablado que se había construido para la orquesta. Inmediato al tablado había un sofá que ocuparon el capitán general, que entonces lo era don Francisco Dionisio Vives; el gobernador militar y civil don Antonio María Peón y el anterior capitán general, marqués de Casa Cagigal, todos de gran gala.

En el lado opuesto estaba doña Amalia Falch, la señora de la casa, acompañada de la señora de Villarreal y de su hija Amalita, que apenas tenía entonces quince años, pero era ya toda una mujer y un prodigio de hermosura por su porte señoril y su elegancia natural.

A don Carlos no se le había olvidado un solo detalle; en el salón había setenta señoras; tuvo la curiosidad de contarlas y podría decir los nombres y hasta los trajes de todas. Y hombres hubo docientos veinte.

«¿Cómo pasa el tiempo!»—exclamaba al llegar a este punto—; ya apenas queda nadie de aquellos días y no han pasado más que veinte años.

Como la noche estaba agradable y el jardín tan profusamente iluminado, la concurrencia, en cada descanso, discurría por los viales de aquel pensil, que ofrecía un aspecto enteramente versallesco.

El primer número fue la sinfonía, su obra definitiva; don Carlos la había dedicado a doña Amalia Falch, y le había pedido permiso para ponerle su nombre en prueba del respeto y la admiración que profesaba a la compe-

tencia artística de la gran señora, y cómo la interpretaron aquellos diez muchachos, discípulos suyos desde que aprendieron la primera nota! Tres veces se la hicieron repetir y cada vez con mayor entusiasmo! ¡Vamos, el triunfo más grande y más inolvidable de su vida!

Y es de advertir que todo lo demás también era en una gran parte triunfo de él, del propio don Carlos; porque, exceptuando a doña Amalia y a la señora de Villarreal, todas las demás que formaron parte en el concierto discipulas eran de don Carlos, y él fue el que las dirigió en el estudio de las obras que ejecutaron aquella noche.

«Pero ¡qué maravilla! ¡Todas, todas estuvieron a cuál mejor! Vamos, una noche de suerte.

Y eso, que, dicho sea con verdad, algunas, y aun algunos, le tuvieron con el alma en un hilo hasta que salieron victoriosos. ¡Se habían metido en unas obritas que ya, ya! Todavía sudaba don Carlos al recuerdo del miedo con que vio a don Pedro Velasco y a don Mariano Tiburcio dirigirse a las niñas de Gómez para ofrecerles el brazo, cuando les tocó acercarse al piano. A don Carlos le parece estar viendo a las dos parejas. Ellas estaban hermosísimas; Julia llevaba un vestido de raso verde, corte inglés, que era la última entonces, guarnecido el escote de finísima blonda y ceñido el busto con una rica pañoleta que se sujetaba a la cintura con un broche de oro calado y engastado en piedras, y la cabecita, aquella cabecita loca de cabellos tan negros, tan lindamente dispuestos en forma de lazo, sin prendido alguno, era capaz de quitar el juicio al más sesudo de los hombres que la mirasen.

Lo que resultaba infernal era la pareja que hacía con don Pedro Velasco, ella tan buena moza y don Pedro tan menudito y desmedrado, aunque iba también de punta en blanco, con su frac color de castaña, su pantalón de cuti blanco plegado por delante y abierto en botín, chaleco de chali, corbata floreada en fondo blanco; en fin, lo que se dice un petrimetro.

Es verdad que no iba menos reluciente y acabado don Mariano; alto, seco, gallardo, con su frac verde botella, abotonado hasta el cuello con botón dorado, chaleco de raso con dibujos de terciopelo y pantalón avellana elaro de casimir; pero a su lado iba Conchita, la mayor de las hermanas, que no había más que pedir; llevaba un vestido riquísimo de raso Pompadour, de talle drapeado con mangas cortas y levantadas por debajo para que cayeran en barrete sobre aquellos brazos de alabastro... vamos ¡una locura de elegancia y gentileza! pero don Carlos temblaba como un azogado pensando en que se habían comprometido a cantar nada menos que el dúo de *Alaide* y *Arturo* de la *Straniera* ¿cómo había de creer que lo sacaran como lo sacaron? ¡qué maravilla de afinación, de gusto, de delicadeza en los matices! vamos todo, todo; no lo habían cantado nunca como aquella noche.

Después salió la de Villarreal y aquello fue el delirio. Cantó la cavatina del *Ivanhoe*, que no cabe pedir más; había que ver a aquellos graves señores como el marqués de Cagigal, don Lorenzo Tagle, jefe entonces de la Hacienda militar, y hasta el grave don Joaquín de la Rocha, que apenas salía nunca de su casona de la plazuela de las Descalzas, como no fuera para un acontecimiento de estos, locos todos de entusiasmo en aquella ovación delirante.

Como que a pesar de las pocas ganancias con que don José dejaba cantar a su mujer, no tuvo más remedio que avenirse a que volviera al piano; y entonces cantó las famosas variaciones de *Madama Catalani nell cor piu non mi sento*, que fueron las que acabaron de convencer al bueno de don Carlos de que aquel hombre había arrebatado al arte español su más bello ornamento; ¡qué enormidad de ejecución! ¡qué opulencia de recursos, de maestría, de delicadeza! vamos, imposible más.

Luego cantaron las niñas de Ardila y Parado, también maravillosamente. ¡Las de Ardila y Parado, las de Gómez, la de Martínez, que luego tocó al piano la sinfonía de *Il posto abbandonato*! ¿Quiénes serían estas Gómez, esta Martínez, estas Parado y Ardila?

El buen don Carlos las nombraba como si fuera imposible, absurdo, que no las conocieran todos; hasta la posteridad; sin embargo, ya a los veinte años, cuando el ingenio artista hablaba con los que han traído a nosotros este relato, la memoria de aquellas laudes artistas había desaparecido sin dejar más rastro que la estela de los recuerdos de don Carlos; hoy ya ni eso. ¡Qué quedará dentro de veinte, de ochenta, de noventa años de todas las fulánez y los beltranez que ambulamos ahora por la ciudad

pareciéndonos también imposible que se pierda nuestro recuerdo?

Doña Amalia, tan galante, tan fina, no había de rehusar a la invitación que con tan cortésana figura le hizo el marqués de la Alameda, ofreciéndole su brazo para llevarla al piano, donde tocó, con su maestría de siempre, además de la sinfonía a grande orquesta, las variaciones de la *Sensibilidad*, quedando a todos verdaderamente estupefactos.

«¿Qué noche, señor, qué noche!»—exclamaba don Carlos—si no se sabe qué fue lo mejor. Hasta los hombres estuvieron inimitables. ¡Había que oír a don Fernando Pinna, entonces que estaba él en toda la plenitud de sus facultades! El que es tan artista para todo, porque ni como cantante ni como actor encontraría rival si se hubiera dedicado por completo a ese culto que es el de su alma.

Pues ¿y don Pedro Velasco, tan pequeño y tan atusadito, los recursos y la voz que sacó en los aires nacionales, que supo bordar con una habilidad pasmosa? ¿Y Santillana? ¿Y Ríos? En fin; todos, todos. Fue la fiesta más completa que don Carlos recordaba en Badajoz.

No faltó un detalle; don Jerónimo se multiplicaba haciendo los honores de la casa. En un aparador lujoso estaban preparados los vinos, licores, ponches y dulces que en los intermedios se servían con profusión entre aquella multitud elegante de señoras cuyos tocados, de elegantes plumas, berretes, pájaros del Paraíso, de cabeza y cuello de oro y plumas figuradas por piedras preciosas de diferentes colores, montados sobre hilillos de oro elástico de inquieto temblor, prendidos a la Sevigné, con ramilletes de flores al lado, contrastaban con la sencillez de las cabecitas gentiles de las señoritas, sin prendido alguno, ostentando sólo la riqueza de las abundantes cabelleras rubias o negras peinadas en forma de lazo o de corona.

«¡Oh!, días venturosos, ¡oh!, noches de ensueño. ¿Por qué duráis tan poco? ¿Por qué pasáis tan pronto a la categoría humilde de esos retratos antiguos que sólo se miran con una sonrisa entre irónica y compasiva al ver el vetusto traje y la desvaída y borrosa faz?

Don Carlos fue un hombre feliz para quien aquella noche famosa no fue jamás enteramente pasada; ¡venturoso el hombre ingenuo que sabe hacer eternamente presente su día de sol, su noche blanca!

MARTÍN FERNÁNDEZ.

El fracaso de Alfonso Madrigal

A un niño muy simpático, querido amigo mío.

Lector: Si es verdad, como dice un poeta francés, que la Historia es una novela que pasó, y la novela una historia que pudo haber pasado, no te importe a cual de los dos grupos pertenece este relato. Limitate conmigo a reparar la existencia de Alfonso Madrigal y yo te aseguro que, si no está endurecido del todo tu corazón, si la vida no agotó tu sensibilidad, le compadecerás con toda el alma.

Alfonso Madrigal vive en Madrid, tiene veintiocho años, es abogado—porque se hizo—y es artista de nacimiento, artista de corazón y muy digno de convivir con L. Prudencia, con Fabián Condé y con Lord Goring, porque también sabe amar y odiar y porque también ha vivido o ha querido vivir las cambiantes y orientales estrofas del viejo Amrú.

Os añadiré que odiaba el matrimonio y que amaba a las mujeres buenas y bonitas como manda don Jacinto Benavente: adorándolas de rodillas como trasunto de la Divinidad en la tierra.

Así era cuando se alejó de la corte—en una noche que fue triste para todos—nuestro buen amigo Alfonso Madrigal, el de los grandes ojos inteligentes y risueños.

Cuando pasados cuatro años le encontré en su pueblo natal—un viejo pueblo extremeño—, yo os juro que no le hubiera reconocido, de no llamarme la atención con un abrazo en el que puso el alma.

Me llevé a la taberna que sirve de Casino en el lugar, y en un rincón—tras grandes esfuerzos para que las sillas adoptaran una posición casi estable—me contó el dolor que le produjo la muerte de su padre, las suplicas de su madre para que no volviera a Madrid tan pronto, y me contó su gran pecado—¡su gran fracaso!—el matrimonio contraído—pasivamente, sin fuerza de voluntad para oponerse a los ruegos de la madre—con una mujer que no supo ni pudo comprenderle

y que le resultó tan grande de cuerpo como pequeña de espíritu.

Yo te ruego, lector, que no sientas antipatía por Alfonso Madrigal, porque no fue un provinciano que vendió su libertad por unos miles de duros, sino un hombre que nunca tuvo voluntad y no supo tenerla ni para evitar su desgracia. Fue un pobre hombre que no hizo lema de su vida la hermosa frase de Emerson, que dice «que la única cosa seria y formidable que hay en la naturaleza es una voluntad».

Yo quisiera, lector, que te inspirara, como a mí, una gran compasión el artista—de grandes ojos, inteligentes y risueños—que nació para volar libre por todos los parajes y se ve en un viejo pueblo extremeño, rodeado de altas sierras, que—a la manera de las murallas del Celeste Imperio—parecen incomunicarle con el mundo.

Compadécele, lector. ¡Demasiada cruz lleva el que, como Alfredo Madrigal, soñó con el amor libre de una esbeltísima Venus griega y la realidad y la vida le adjudicaron el más grotesco de los apuntes de Goya.

FERNANDO DE MOYVER.

Badajoz, enero de 1919.

VARIA

Sonabas para el conubio con un mancebo moreno, pero aceptaste a uno rubio.

Son nuestras almas diamelas, y al ver tal monotonía yo sé que te desconsuelas.

Cruel, me diste en la henestrosa, respondiéndome, una himesta amarilla y olorosa.

Yo pensaba inocuo a Amor, y el mato mi voluntad y me quitó la color.

Son tus ojos como el musco, y aunque pretendo huir de ellos siempre que puedo, los busco.

Fué tanta mi infatuación que ahora, al ver la realidad, muero de desilusión.

¡Si es que parece mentira que ese trefe de alma y cuerpo sea el que tu pasión inspire!

No traspongas tus sentires, ni te importe de la gente, ni nunca celos suspires.

Tú me encareciste un día: compón un epitafio; ¡y compuse una elegía!

Hiende, palomita, el viento y dile a la novia mía que es suyo mi pensamiento.

JUAN JOSÉ ZAMORA.

EL SUICIDA

Me gustaba pasear solo, lejos de la estúpida sociedad del Casino, ridículamente pretenciosa de elegancias y refinamientos cosmopolitas, y de la playa, a aquella hora sembrada de criaturas lindas como ángeles y de mineras de buen ver que flirteaban con soldados y marineros. Desde aquella roca inmensa el mar aparecía en todo su majestuoso infinito, y las olas, rompiendo en carejadas trágicas de espuma, me mantenían en un éxtasis contemplativo, en esa perplejidad de misterio insondable que nos produce lo más grandioso de la naturaleza.

Como era difícil el acceso a tan espléndido mirador no solía ver a nadie durante mi hora de íntimo y profundo reposo; así, mi sorpresa fue grande cuando asomé a lo más alto de la roca un joven cebrero, que quedó no menos extrañado de encontrarme allí. Tal vez buscando como yo la soledad y la grandeza del panorama había escalado la roca salvando todos los peligros de la ascensión, que ahora debía trocarse en descenso hasta encontrar sitio adecuado para sentarse, lo que hizo a unos tres metros de donde yo me encontraba. Confieso que me contrarió la presencia de aquel que yo consideraba como intruso: me había ya habituado a usufructuar aquel castillo de piedra y casi me sentía rey del pedazo de naturaleza que me rodeaba.

Mi vecino de contemplación parecía nervioso y preocupado: me miraba descaradamente, y yo, de rojo y un poco amoscado, pude observar lo extraño de su inquietud. Representaba no sé si veinticinco o treinta años; tenía esa ambigua juventud de los hombres muy corridos, gastados por la vida en la plenitud de ella, y en su porte y vestido se apreciaba una distinción natural y muy mundana. En la cara pálida y afeitada los ojos negros y profundos tenían cierta mirada vaga de neurasténico. Me disponía ya a dejarlo solo, un poco fastidiado de aquella soledad de dos en compañía, cuando de repente me habló de esta manera:

«Señor, usted me perdonará el atrevimiento; pensé no encontrar aquí a nadie y la casualidad ha hecho que tropiece con usted. Usted, permítame que haga conjeturas, usted que deja el Casino con sus nebulas vanidades y la ciudad atestada de una multitud burguesa y repugnantemente idiota, debe ser un hombre superior, un filósofo, un poeta, tal vez las dos cosas; por consiguiente, usted, situado en un plano superior al de la mayoría de las gentes, puede ser, en esta hora trágica de mi vida, un amable confidente y quizá el único amigo que pueda haber contado en el mundo... ¡Poetas, filósofos! Ellos son, con la excelcitud de su inteligencia o de su sentimiento, los únicos capaces de comprenderlo todo y de sentirlo todo...»

Pasó su mirada incierta por la lejanía del mar, tan azul que parecía un espejo del cielo, y después continuó, un poco misterioso y vago en sus palabras:

«Yo voy a suicidarme esta tarde, ahora, muy pronto, delante de usted... ¿verdad que le será muy agradable verme dar este salto mortal, un salto mortal auténtico, no de trampa como los del circo? Yo, desde aquí, me arrojaré al mar en presencia de usted, y como usted tiene indudablemente un temperamento de artista, puede decir que yo voy a proporcionarle un placer exqui-

sitamente refinado, un placer estético incomparable, porque la muerte es siempre bella aun en las más repugnantes aspectos... ¿Verdad que ha de ser un suicidio delicioso...? El mar inmenso parece tumba de dioses; ¡quién sabe si uno al perderse entre las olas no encontrará un paraíso de sirenas que con la linda Loreley esperen al voluntario naufrago para regalarlo con los más exquisitos placeres de amor...! Vea usted, también yo tengo un poco de poeta... Es bonito suicidarse una tarde así... por qué no me acompañe? Podríamos hacer el viaje juntos y si Loreley nos abraza sus brazos créame que no reñiríamos; he vivido mucho tiempo en París y sé lo agradable que resulta un *menage a trois*...»

Confieso que las palabras de aquel individuo me inquietaban sobremanera: ¿sería un loco, un humorista, algún guasón? En todo caso aquella escena podía tener un final desagradable, me inclinaba sobre todo a creer que el tal sujeto no estuviese en su juicio, y el encontrarme allí solo y sin medios de defensa, me preocupaba seriamente. Por otra parte, lo extraño del caso halagaba mi pasión por las aventuras extraordinarias. Viendo mi perplejidad un poco desconfiada y a la vez socarrona, continuó el joven pálido:

«Había a usted completamente en serio, pero con la seriedad posible de un humorista; yo soy un humorista desde hace una hora que he perdido toda mi fortuna en el Casino... ¡Oh!, no sabe usted como las catástrofes financieras suficientemente el espíritu! Yo ahora podía ser un grande hombre: la necesidad es madre del ingenio, y créame, para vivir en este... *pajolero* mundo el talento sobra a cambio de la picardía, del ingenio; picaros ingeniosos son los que saben medrar... ¡usted...! ¡usted contempla el mar, se extasia con la puesta del sol y atiza en su corazón la llama divina de un ideal indefinido de amor... ¡sublime tontol... usted ideal un pobre hombre sin relieve social...»

Me atreví a interrumpirle un poco en tono de broma: «Pero si usted ahora se siente con tanto ingenio y tanta picardía, ¿cómo se le ocurre dejar esta vida que tanto puede prometerle? ¿O es que en la otra cree que ha de servirle de mucho el ingenio y la picardía...?»

«Porque, verá usted, yo pertenezco a una aristocracia espiritual, la de los que se resisten a toda baja mundana porque han vivido muy en alto y no saben andar a ras del suelo. He sido rico, pertenezco a una familia de rancia aristocracia; siempre viví en grande, y aunque ahora, ya le dije que yo podía hacerme un grande hombre, usted sabe como se engrandecen casi siempre socialmente los hombres, empujándose... ¡basta paradoja, ¿eh...? Bueno; la conversación es agradable; digo, me es a mi agradable monologuarse ante usted, puesto que apenas si lo he dejado en el uso de la palabra, pero se hace tarde y he de pedirle un favor, el único y último de mi vida: pretenda dejar aquí con mi ropa dos cartas... ¿quiere usted llevarlas a su destino...? Una es para el juez; otra para un hermano mío que se hospeda en el hotel Real...»

«Pero habla usted serio? Yo no puedo creer a usted: todo esto me parece una broma ingeniosa e interesante que puede ser el principio de una buena amistad... Y caso de que hablara usted la verdad, ¿iba yo a consentir que usted se suicidara, llevando luego unas cartas que ante la justicia me causarían infinitas molestias?»

«Por Dios, no me desilusione usted; no me haga cambiar el buen concepto que tengo de su inteligencia y de su refinado sentimiento; ¿es que va usted a sacar a relucir aquello de la cobardía del suicidio con todo su fundamento escolástico y agarbanzado?—No, mi amigo; el suicidio es un supremo rasgo de dignidad que debieran tener todos los que estorban en la vida: los inútiles, los vencidos, los enfermos, los *patológicos*; media humanidad debía suicidarse o dejarse matar por la otra media; mientras haya una parte podrida, todo, todo ha de oler a cloaca; eso es el mundo, una cloaca inmensa donde se van recogiendo todos los vicios, todas las malas pasiones, todos los egoísmos...»

«No podremos entendernos: yo, aunque usted imaginara otra cosa, creo que el suicidio es una baja cobardía, y como creo en Dios, y hasta ingenuamente en un infierno con demonios de cuernos y un cielo con ángeles de blancas alas, me parece que usted, decidido a dar este salto mortal, ha de pasarlo pesadamente en el viaje...»

«Lamento no poder discutir con usted. ¡Vamos, que estoy hablando con un San Francisco de Asís...! No, usted no es sincero; en fin, es tarde; voy a desnudarme porque quiero morir desnudo; no estoy mal de estética muscular y desear hacer el regalo de mi cuerpo a los peces sin cosas carnosas molestas...»

«O acaso será que espera usted seducir a Loreley en clase de Apolo de Belvedere...»

Comenzó a desnudarse precipitadamente, acentuando la inquietud de sus ademanes y de su mirada.

«Bueno; no quiero fastidiarlo; las cartas quedan en el bolsillo de la americana... ¿Qué, no se decide usted? ¿Le inquieta el *mas alla*? ¡Fontiterias! Misterio, todo misterio explotado por las religiones; en fin, si usted, a pesar de todo quiere creer...; yo sé que voy, como todos, a lo desconocido; créame, no hay viaje más atrayente, porque ninguno encierra tanta promesa de novedad...»

Se había desnudado del todo y la certeza, y a la vez vaguedad de aquellas palabras, me convencieron de que efectivamente tenían un tono sincero y decidido. Sentí un escalofrío de terror, y viéndome como me alargaba la mano al borde de un precipicio horroroso, en ademán de despedida y con arrogancia de gladiador, quise tirar de él burlucamente atropelladas palabras que le hicieron desistir de su loca resolución... «No señor: usted no tiene derecho a meterse en mi vida... ¿O es que quiere que lo utilice como ayuda de cámara en este viaje de ultratumba...? Su talento se rebajaría hasta ese extremo si persistiera usted en impedirme mi resolución...—Esto diciendo tiró de mi mano con gesto que me recordó al del Comendador en el cementerio pretendiendo llevarse a don Juan... Retiré mi mano y me puse a prudente distancia... Así, muy bien; es un buen punto de vista para ver el espectáculo... ¡Ah!, encontrará usted en mi americana una pitillera con egipcios; se la regalo; bueno... ¡hasta la vista! Si puedo volveré a hacer a usted una visita, pero me temo que no me den billete de vuelta... ¡buenas tardes!»

Y diciendo esto se lanzó al agua desde aquella altura de cincuenta metros. Aun tuve esperanza de que todo fuera una broma y que por un prodigio de saltarín y nadador, el supuesto suicida volviese a tierra sano y salvo... Pero el cuerpo desnudo como una estatua de bronce desapareció entre la espuma de las olas para reaparecer días después en la playa hinchado y horrible ante los ojos espantados de Nené, el amante caprichoso y locamente derrochador que con la ralea habían agotado la fortuna del marqués de Montolio. El caballero de Grioux antes que su cuerpo, había arrojado al mar su corazón de niño. Y se marchó tras su corazón, sonriendo amargamente... Y Manon Nené siguió jugando en el Casino y desplumando incautos...

ARTURO GAZUL.

Badajoz.—Imprenta «Correo de la Mañana»

